

DAVID PORRINAS (ED), *¡RECONQUISTA! ¿RECONQUISTA?*  
*RECONQUISTA*, MADRID, DESPERTA FERRO EDICIONES,  
 2024, 264 PÁGS. ISBN: 9788412744347

JOSÉ MARÍA MONSALVO ANTÓN  
 Universidad de Salamanca

“Reconquista” es un concepto tan polémico que la editorial abre el libro con una nota en la que aclara que el lector encontrará en la obra la palabra bajo diferentes estilos: a veces entrecomillada, otras veces en cursiva y minúscula –*reconquista*, cuando implica un uso metalingüístico–, o bien en redonda y mayúscula –Reconquista, sinónimo del período histórico 711-1492– o en redonda y minúscula –reconquista como acción de recuperar territorios en las guerras–, formas, todas ellas, que en esta edición de Desperta Ferro se ven, en efecto, utilizadas. La aclaración es indicativa del rigor que ha buscado la editorial, que ha venido demostrando también en otras obras. Es síntoma de ese mismo rigor haber dejado en manos de David Porrinas –autor en la misma editorial de una interesante monografía sobre El Cid– la coordinación de este libro. Gran acierto es también, por otra parte, el título del libro, altamente revelador de su carácter polémico. Yo hubiese alterado el orden: *¡reconquista!*, *reconquista*, *¿reconquista?* Sencillamente, porque me parece más correcto reconocer, en sentido procesual, que primero fue la exaltación ultranacionalista –del siglo XIX al franquismo–, luego el prejuicio negacionista lanzado desde la izquierda académica –de la Transición al multiculturalismo imperante hoy– y, finalmente, el interrogante que, a la postre, no sería sino ese final abierto que más podría convencer a los estudiosos más neutrales y críticos, o a los que en estos temas prefieren las preguntas a las respuestas ya preconcebidas.

Porrinas y Desperta Ferro han contado para el libro con un plantel excepcional de autores. Cada uno aporta su particular punto de vista. Algunos sólo se han centrado sólo en una parte y la suma de las distintas piezas la que permite al lector vislumbrar el conjunto. Como en la leyenda oriental del elefante y los sabios ciegos que tocaron por primera vez al animal (el que tocó el colmillo, pensó que era una lanza; el que tocó la rodilla, la creyó columna...). Valga esta imagen como metáfora. No del todo aplicable a este caso, porque es verdad que hay algunos capítulos que, a mi juicio, sí han querido ver el conjunto del elefante y no sólo una porción de este.

En el capítulo de Carlos de Ayala se especifica que, aunque no la palabra “reconquista”, que es claramente posterior, “la idea que expresa sí era una realidad legitimadora para las acciones bélicas de conquista” (p. 2). Ocurre igual que con la idea de *crusada*, idea y realidad que fueron previas a la palabra. En el caso de la reconquista, reyes y cronistas tuvieron claro “que lo que justificaba su ofensiva contra los musulmanes era recuperar

una tierra que estos les habían arrebatado de forma injusta, lo cual no quería decir otra cosa, sino que era lícito reconquistarla” (*ibid.*). A continuación, Ayala, uno de los grandes conocedores de la problemática, alude a las referencias cronísticas –y otras– del reino de Asturias de los siglos VIII y IX para situar el origen de estas ideas. Después de este período vinieron otras narraciones y expresiones de neogoticismo medieval, hasta las crónicas de Jiménez de Rada o la *Estoria de España*. De manera que, aunque sin la palabra, es posible reconocer el discurso reconquistador en estas fuentes hispánicas. No todas las guerras que emprendieron los reyes medievales tuvieron ese sentido, pero sí las que hicieron contra los musulmanes, que se sostuvieron en esa justificación de recuperación del territorio perdido. Reconquista, pues, sería un concepto antiguo, al menos de la época de Alfonso III. Y que, a través de la corte de los reyes asturleonese y posteriores, alcanzó su cima en la cronística latina o alfonsina del siglo XIII.

Aparte de estas contundentes razones, difíciles de refutar, Carlos de Ayala aporta otras razones que añaden aún más eficacia a la noción de reconquista. En concreto, al afirmar que no hubo una, sino varias ideas de reconquista. Aparte de la visión neogótica de los reyes asturleonese o castellanos, hubo una noción compostelano-carolingia de recuperación de *España*, así como una noción pirenaica, o también una idea papal en la Plena Edad Media. Incluso apunta que los propios musulmanes desarrollaron su noción de reconquista, como recuperación de Al-Ándalus.

De esta última cuestión trata precisamente el capítulo de Javier Albarrán. A partir de crónicas árabes muestra que existió una idea de reconquista paralela a la cristiana, una noción que podría aplicarse, por lo tanto, también a Al-Ándalus. En la percepción de los musulmanes y su memoria, Al-Ándalus fue un territorio que consideraban propio y que fue arrebatado por los cristianos mediante la guerra. Así lo reflejan fuentes árabes medievales. La guerra contra los cristianos, a través de la *yijad*, estuvo envuelta en esas expectativas e ilusiones –en particular en época almorávide y la almohade– de recuperación del territorio o del esplendor perdido y añorado.

Martín Ríos Saloma es un reconocido y acreditado especialista en la reconstrucción histórica del concepto de reconquista. Su enfoque es el de la historia de las ideas y de la historiografía. El autor hace un riguroso recorrido no sólo en torno al uso de la palabra, sino de otras categorías afines, como la de restauración de España –de hecho, hasta mediados del siglo XIX, en que se empieza a usar la palabra *reconquista*, se empleaba la de *restauración*–, o la idea de nación española, desarrolladas en varias etapas desde el siglo XVI hasta el franquismo, la Transición y hasta el tiempo presente, ya que el autor llega a citar a Aznar y Abascal. Considera el autor que emplear el término reconquista, que fue “una invención historiográfica resultado del nacionalismo decimonónico” (p. 77), implica asumir ciertos prejuicios: la idea de que España existía antes del siglo VIII, implica dar por hecho que ya había “españoles” entonces, aceptar que la “invasión” musulmana fue ilegítima y que sirvió de coartada a los cristianos para reconquistar la patria perdida. Según el autor, “todas ellas son premisas falsas que hoy en día no pueden sostenerse desde una perspectiva científica” (*ibid.*), concluye el estudioso. Las razones expuestas parecen sólidas y tienen sentido. Pero los silogismos

podrían, en realidad, flaquear desde el momento en el autor adjudica directamente falsedad a unas premisas cuando menos discutibles y, además, se las adjudica a los usuarios de un concepto que, de hecho, y sobre todo hoy día, no tienen por qué asumir esos prejuicios o esa idea preconcebida.

Al valorar el capítulo siguiente, el de García Fitz, es imposible no tener en cuenta un hecho esencial: al igual que ocurre con Carlos de Ayala, es un medievalista –de los que aquí escriben– que se ha tenido que enfrentar directamente en sus investigaciones al análisis detallado de las guerras de los reinos cristianos contra Al-Ándalus en los siglos XI al XIV, esto es, las campañas bélicas, su organización y sus motivaciones. Este bagaje de investigación de primera mano no es irrelevante. Máxime cuando este trabajo empírico se ha hecho pormenorizadamente y con una extraordinaria solvencia. Quizá por eso, y porque han tenido que pasar por su ojo crítico no sólo las fuentes de la época sino multitud de fuentes secundarias de medievalistas contemporáneos, García Fitz no aprecia tanto peligro como otros autores –sobre todo los que han tratado la cuestión en términos sólo teóricos o filosóficos– en el uso de la palabra. El conocimiento acumulado a lo largo de los años le ha permitido asimilar un uso totalmente reconducido y sin instrumentalización espuria –al igual que Ayala– de la palabra y la idea de reconquista.

Aboga García Fitz en consecuencia por la factibilidad de usar de forma útil y pragmática la expresión, tal como lo han hecho otros medievalistas. Para empezar, porque es un término historiográfico sobre la Edad Media ya acuñado y consolidado académicamente, como tantos otros que manejamos. Un término que no tiene por qué estar uncido a las manipulaciones de regímenes o ideologías contemporáneas o de odio, que obviamente García Fitz también sabe reconocer. Pero la realidad es que una buena nómina de grandes medievalistas extranjeros –Bronisch, Baloup...–, o españoles –Valdeón, Estepa, González Jiménez, García de Cortázar, Álvarez Borge, Mínguez Fernández, Portela Valladares...el elenco es abrumador–, autores que no son precisamente peones del nacionalcatolicismo, han usado la palabra con naturalidad y sin complejos, sin que sus aportaciones al medievalismo se hayan resentido por ello. Es más, García Fitz reconoce también que algunos historiadores, él mismo, como también señalaba Ayala, han reorientado además la expresión “reconquista” hacia un sentido un poco más específico, como equivalente a la ideología y justificación de la guerra religiosa. Y eso también es enriquecedor al añadir nuevos significados de precisión a la categoría. García Fitz se refiere a importantes fenómenos peninsulares de la Edad Media: “la expansión militar a costa del islam occidental, proceso que estuvo revestido e impulsado por una ideología militante basada en los principios de guerra santa y de guerra justa, y que además tuvo una incidencia decisiva en la conformación de unas sociedades de frontera” (p.113). Si “reconquista” significa todo esto, dice, no hay inconveniente en el uso. Y siempre cabe el recurso de ponerla en cursiva, con comillas o con otro tipo de indicaciones. De modo que el término está tan solidificado que puede resultar operativo. Por simple economía del lenguaje. Por solventar con una sola palabra tan complejos procesos de nuestra historia medieval. Con puntos de vista como estos, que García Fitz resume con gran sentido crítico al final del capítulo (*Ibid.*, p. 107-114), se puede estar tranquilo.

Bajo esa perspectiva, tan bien expuesta, nos parece que la noción de reconquista puede seguir circulando y sólo debería incomodar a los más obstinados defensores de imponer un lenguaje encorsetado y tiranizado por lo políticamente correcto.

El punto de vista de Armando Besga Marroquín es algo diferente, porque este autor tiende a percibir el concepto reconquista prácticamente como necesario. Y esto podría ser excesivo, puesto que, con la palabra o sin ella –aunque se pierdan matices en este caso– los medievalistas seguramente nos las hubiéramos arreglado bien para interpretar la historia medieval. ¡Faltaría más! Así pues, necesaria no es. Pero Besga va más allá y se adentra en el terreno de juego de los detractores de la idea de reconquista, el único que lo hace en este libro. En estos tiempos, tal incursión resulta valiente. El autor explicita a tal efecto cuáles son los mantras de la corriente negacionista que aboga por suprimir la palabra: que no debe utilizarse porque es un neologismo, que la inventó el nacionalismo español, que ya está en desuso socialmente y que la historia de Asturias no estuvo conectada con los visigodos. Desmontar estos prejuicios, sobre todo el último, es y ha sido en varios de sus estudios un propósito, entusiasta y beligerante, de Besga Marroquín. Aunque todo ello es muy polémico, hay que reconocer el sentido común que rezuman, si no todas, sí al menos dos de las reflexiones de su capítulo: que el negacionismo de la reconquista también es fruto de una manipulación e instrumentalización, desde el otro lado, que esconde también una ideología, por tanto; y que se puede entender todo un pasado histórico a partir de una sola palabra que lleva mucho tiempo arraigada en el vocabulario común de los historiadores, una sola palabra que sintetiza ese pasado de forma sencilla y práctica.

Interesada en el léxico político medieval, y especialista en el análisis de la propaganda en aquella época, Ana Isabel Carrasco, en una dirección diametralmente opuesta a la del capítulo anterior, acierta en el meticuloso estudio de la utilización torticera y manipuladora de la palabra *reconquista* en el pensamiento español contemporáneo. Lo que dice al respecto es pertinente. Ahora bien, resulta menos convincente su propuesta de erradicar el uso de la palabra por el hecho de haber sido pervertida por el pensamiento conservador y de rancio nacionalismo españolista. La lógica de este discurso es perversa: puesto que los franquistas y otros abusaron, tergiversaron y manipularon el término, ¿qué debemos hacer? ¿no utilizarlo? La opción de la autora para justificar que no se use la palabra es propositiva: el término, dice, “no nos enseña nada sobre la sociedad real existente en los siglos medievales en la península ibérica” (p. 168). ¿Estamos seguros de ello? Más discutible en el capítulo, o no suficientemente matizado, es implicar en la manipulación a los historiadores que emplean la palabra: “los historiadores de profesión, con las elecciones que hacen de los conceptos que manejan en las investigaciones, pueden contribuir a incrementar esa manipulación...” (*ibid*). Esta apología de la cancelación léxica que destila esta afirmación no se compadece bien, me parece, con la praxis del medievalismo español actual. Por otra parte, conceptos que los medievalistas usan en sus estudios y que Carrasco –de nuevo propositiva–, sugiere como alternativas para evitar hablar de reconquista –“conquista”, “frontera”, “feudalismo”, “señores de la guerra”, etc.–, son adecuados, sin duda, y de hecho se utilizan, pero quizá no tienen

por qué ser incompatibles con el uso, yo diría descontaminado, que puede hacerse de la palabra reconquista.

El punto de vista del capítulo escrito por Alejandro García Sanjuan tiene una orientación y postulados semejantes, con la denigración, justificada en sus páginas, de las ideologías que han manipulado la idea de reconquista en los siglos XIX y XX, hasta el franquismo. El autor alarga su repaso hasta Vox y Viktor Orban. Coincide con el anterior capítulo en la propuesta de eliminar del mundo universitario un término tan manoseado por la derecha política. Como especialista en las tergiversaciones sobre Al-Ándalus, García Sanjuan aporta su punto de vista específico encauzando estos postulados desde esa perspectiva de la que es máximo conocedor. El problema es que, al desmontar –y con buen sentido– bulos e imposturas sobre el mal uso de la palabra reconquista y sobre Al-Ándalus, puede inducir indirectamente a una especie de percepción desequilibrada y propensa a una victimización tácita del islam.

El capítulo de Francisco J. Moreno Martín es peculiar. Repasa lo mismo que otros capítulos del libro han tratado, es decir, la idea ultranacionalista, católica, de exaltación de la patria, etc., que se ha asociado a la noción de Reconquista. Pero lo hace desde la óptica de la cultura popular contemporánea, antes y después del franquismo. Su condición profesional de historiador del arte permite a Moreno Martín mostrar –incluyendo interesantes ilustraciones– representaciones en la literatura, los fastos y celebraciones del franquismo, la escultura historicista o las aportaciones del cine. Es una buena muestra de historia visual y cultural de la instrumentalización ideológica que se ha hecho de la Reconquista. La reflexión final (p. 226), la que cierra el capítulo y el libro es, sin embargo y a mi juicio, un tanto imprudente: “A partir de aquí, quien haga uso de la palabra *reconquista* y, sobre todo, quien se apropie de ella para definir una situación presente, debe saber que le acompaña un profundo componente católico, nacionalista y antimusulmán”. Menos mal que la frase incluye “sobre todo”. Porque, de no ser así, este colofón podría parecer que anatematiza a aquellos que todavía se resisten a abandonar el uso de la palabra, señalados como sospechosos por su pertinaz defensa de un discurso “católico, nacionalista y antimusulmán”.

Como se puede apreciar, el tema es muy polémico ¿Asumimos la cultura de la cancelación léxica o expurgamos las impurezas adheridas a la tradición cultural y política de una palabra cuyo uso no espurio puede resultar válido? Después de la lectura de todos los capítulos del libro, cabe reconocer la profesionalidad de los planteamientos de los autores, que han expuesto con racionalidad sus propuestas. Por lo leído en el libro, no he visto razones suficientes –énfasis este adjetivo– para suprimir la palabra, como parecen sostener Carrasco Manchado, García Sanjuan y Moreno Martín, quizá también Ríos Saloma. Extirpar la palabra del vocabulario histórico sólo porque algunos –y aquí enfatizaría yo el pronombre– la han envenenado hasta transformarla en una categoría maldita, ¿no es una manera de claudicar ante quienes la han manipulado?, ¿de permitir que se apropien de la palabra quienes más la han falseado. ¿Por qué darles esa baza cuando el medievalismo científico es capaz de rehabilitar la categoría eliminando todo aquello que la ha contaminado?

Cierta praxis ya arraigada en el medievalismo y varios capítulos de este libro han demostrado, en efecto, que la habilitación de la palabra no sólo es posible, sino que, de hecho, ya se ha dado. En cambio, no creo que el uso de la categoría –Besga parece inclinarse más por esta posición– resulte necesario o imprescindible. El medievalismo podría vivir sin ella. Eso sí, varios autores del libro han mostrado que puede resultar una noción enriquecedora, sobre todo entendida como una forma de referirse a ciertos discursos medievales sobre la guerra religiosa. Y tales discursos no fueron una entelequia, sino que se generaron en su día para envolver propósitos y objetivos reales, de guerra y expansión frente al otro religioso, asumidos en su época por los monarcas y por parte de la sociedad cristiana peninsular. Teniendo en cuenta esa interpretación, que ofrecen los grandes especialistas en la guerra medieval contra el Islam y en su justificación doctrinal, como aquí García Fitz o Carlos Ayala apuntaban, teniendo en cuenta también los otros significados que ha adquirido la palabra reconquista –en clave carolingia, papal...–, y, en tercer lugar, entendida la palabra como forma rápida y concisa de identificar procesos claves de la historia medieval, se podrían apreciar más ventajas que inconvenientes en su uso. Podría objetarse que “reconquista” se puede a menudo sustituir por perífrasis y sinónimos, dependiendo del contexto –“expansión peninsular”, “recuperación territorial”, “guerra religiosa”, “dinámicas de la frontera de los reinos cristianos”...–, y así se hace a veces. Ahora bien, si por querer excluir cierta toxicidad ideológica ultracatólica o islamófoba –que además sólo está alojada en ciertos ámbitos extravagantes–, acabamos perdiendo la riqueza de matices que puede aportar la palabra, no saldremos ganando. Es la conocida metáfora de tirar al bebé con el agua sucia en que fue bañado.

Otra reflexión que se desprende del libro es que nadie sale vencedor o perdedor tras su lectura. No debemos caer en la melancolía si no zanja la polémica. Nos reconforta saber que el libro sitúa esta última en el campo fértil de la controversia científica y el debate de las ideas. Es más, probablemente, las aristas más toscas de la controversia se irán extinguendo o suavizando cuando las ideologías de fondo que la alimentan artificialmente, por ambos lados, dejen de atizar el fuego de la confrontación.

El libro, más allá de su leitmotiv, resulta estimulante por dar pie a ciertas cuestiones transversales. Y ello porque las distintas estrategias de deconstrucción de la reconquista que fluyen por estas páginas creo que ponen sobre el tapete algunos límites y fundamentos de la profesión del historiador a las que resulta interesante asomarse.

Uno de ellos es el del vocabulario de los historiadores. Siempre es sugestivo el debate sobre el léxico de una época y también el léxico que usan los historiadores. Ahora bien, enmarcar este tipo de asuntos en el puro nominalismo es falaz. Que la palabra “reconquista” no existiera en la Edad Media, por ejemplo, es un argumento de barro. Ya algunos escolásticos medievales pensaban que el *verbum* no alteraba ni la *res* ni la *species*, ni la cosa ni el concepto. Si dependiéramos de las palabras que se usaban en la época, los medievalistas tendríamos que dejar de hablar de “élites dirigentes”, de “feudalismo”, de “cambio climático”, de “Renacimiento”, de los “conflictos sociales” de la “sexualidad” medieval, o incluso de la “Edad Media”. Todo lo que sabemos de

epistemología y teoría de la historia quedaría tristemente fulminado si tuviéramos que someternos al falso axioma que sostiene que algo no existió en una época porque no se nombró. Sabemos incluso que hay patrones de conducta colectiva que responden a procesos históricos que trascurren por capas profundas a través de épocas y ámbitos diferentes. Así, hacer la guerra a un enemigo, el que sea, para arrebatárle un territorio considerado propio, ¿no es acaso el mismo patrón de tantas otras guerras, incluso contemporáneas? ¿No puede identificarse en la historia un principio de “reconquista”, entendida como motor que ha impulsado a pueblos y estados a utilizar las armas para recuperar territorios perdidos? Y, si fuera así, ¿por qué prescindir de este patrón, por qué omitirlo en la historia medieval peninsular?

Otra gran cuestión transversal que puede suscitar la lectura del libro es el de la influencia de las ideologías en los historiadores o en otros científicos sociales, una cuestión que fue bien identificada ya en los años setenta del siglo pasado. Sabemos que es imposible encontrar un punto de pureza en nuestra disciplina comparable al de un químico o un matemático. Pero algo se puede hacer si colocamos las herramientas de nuestro trabajo en el taquillero de la objetividad, que no es equivalente a neutralidad. Sin embargo, el peso de las ideologías parece aún muy elevado en nuestra disciplina. El discurso sobre nuestra Edad Media dice mucho de nosotros mismos, de nuestro presente, de nuestros prejuicios o nuestros planteamientos. Por ejemplo, ¿cuándo empezó la Edad Media en la Península Ibérica? ¿con los hispanovisigodos o con los primeros reinos y condados del norte? Si fue con aquéllos, los defensores de una España unida encontrarán más fácil la justificación de sus puntos de vista. A ellos les convendría que Pelayo hubiese sido un godo exiliado dispuesto a recuperar el reino perdido de Toledo, el de la monarquía católica destruida por los musulmanes. Por el contrario, los defensores de un estado más acorde con las asimetrías autonómicas o plurinacionales actuales se hallarán más cómodos si consiguen situar el origen de la identidad medieval peninsular en los condados pirenaicos o en el primer reino de Asturias. A ellos les convendría más que Pelayo hubiese sido un “asno salvaje”, un líder montañés autóctono sin contacto con el pasado hispanovisigodo. Unos y otros querrán encontrar en el *pasado* —el discurso del pasado, la construcción del pasado— avales históricos para sus respectivas posiciones. Como puede comprobarse, el simple hecho de poner una fecha *a quo* en una materia de conocimiento, como es la Edad Media peninsular, no resulta precisamente inocuo.

Una última e igualmente transversal reflexión, que podemos encadenar a la anterior. El problema de las fuentes. Precisamente que Pelayo hubiese sido realmente un godo, simple espartario o miembro de la familia real visigoda, según versiones de las *Crónicas* de la corte de Oviedo, o, por el contrario, que lo que dicen estas no hubiesen sido sino una fantasía fabricada por mozárabes emigrados a la corte de Alfonso III y de cuyo rencor habría nacido la *invento* del Pelayo godo —a costa de su identidad como líder local de los irredentos pueblos norteños—, muestra el cenagoso problema de las fuentes y su relación con la gestación de los prejuicios. El problema de las fuentes supera al de su exégesis y su capacidad de determinar si Pelayo fue un líder indígena, un godo de alta estirpe o una elaboración literaria. ¿Nos creemos las *Crónicas* de 883? ¿Nos las

creemos sólo en parte? ¿Nos creemos los pasajes de la *restauratio* regia del reino de Asturias aplicables a la época de Alfonso II, pero en cambio no nos creemos los pasajes legendarios de la batalla de Covadonga, que serían de gestación ajena e interpolada al texto cortesano axial de la *Crónica de Alfonso III*? ¿Consideramos que la *Crónica Profética*, que hablaba en plena época asturleonese de la denodada lucha de los cristianos de Asturias contra los malvados musulmanes, reflejaba un sentimiento colectivo real o era sólo puro dopaje ideológico mozárabe? Y, al final, ¿qué es lo importante, la identidad de Pelayo, de los combatientes en las batallas de los reinos cristianos contra Al-Ándalus, o, por el contrario, la *identidad* que se construyó en los textos siguiendo determinados códigos culturales y posiciones interesadas de los reyes posteriores?

Este libro de Desperta Ferro, lleno de ideas, análisis de discursos y controversias historiográfica, no ofrece unas respuestas apodícticas, pero estimula, como puede apreciarse, que nos hagamos preguntas sobre la construcción cultural del pasado y del presente. El libro ayuda a pensar en las paradojas de los hechos históricos y en la construcción de las tradiciones discursivas, en la distancia entre lo que existió y lo que se percibió, en el desajuste entre lo que se nombró y lo que nombramos ahora. En un panorama como el actual donde la reflexión teórica sobre el oficio de medievalista y la hermenéutica de la Historia brillan casi por su ausencia, los esfuerzos de la editorial, del coordinador del libro y de los autores que han participado en él resultan alentadores.